



## ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

### ESCENA I.

JIMENO y GERTRÜDIS.

JIMENO.

¿Conque no era Don Iñigo?

GERTRÜDIS.

Te digo

Que no era él, Jimeno, que sus ansias  
Eran por otro corazon.... que sufre,  
Que ha perdido por siempre la esperanza;  
No entiendo de estas cosas.... pero creo  
Que el hijo de Galíndez la idolatra.  
¡El hijo de Galíndez! ¡Quién creyera  
Que algun día su esposa la llamara!

JIMENO.

Es el doncel apuesto y valeroso.

GERTRÜDIS.

Es verdad, es verdad; pero ¡no basta!

Yo la miro sufrir. En todo el día  
Suspiró sin cesar la infortunada,  
Y ni hay consuelo á su dolor, ni hay dique  
Que contenga el torrente de sus lágrimas.  
«¡Noble, qué noble!» murmurando siempre,  
«Merece ser feliz,» repite y calla,  
Y yo comprendo su ansiedad, su lucha....  
¡Qué desgracia, Jimeno, qué desgracia!....  
Voy á su lado.

JIMENO.

Ve.

GERTRÚDIS.

De algo le sirve  
Escuchar en silencio mis palabras.  
*(Hace ademán de retirarse y aparece Iñigo.*  
*Al verlo, exclama:)*  
¡Ay! ¡Don Iñigo!

ESCENA II.

Dichos é IÑIGO por el fondo.

IÑIGO.

Tente. *(Aparte.)* Yo quisiera  
Hablar con ella. *(Alto.)* Escucha, note vayas;  
Yo quiero hablar á tu señora.... dile....  
Que aquí la aguardo.... No, no digas nada:  
Vete, y consuela su amargura, en tanto  
Que su fiero dolor el cielo calma.  
*(Vase Gertrúdis.)*

ESCENA III.

JIMENO é IÑIGO.

IÑIGO.

Horrible y cruel vacilacion!.... ¿La viste?  
Trémula estaba en el altar, Jimeno:  
Su mano pura, sin color, de nieve,  
Pálido el rostro como nunca bello.  
No hizo falta á su frente la corona  
Ni á su gentil garganta y alto seno  
La mágica envoltura peregrina  
De la pompa nupcial y el blanco velo;  
Que mi amor, como nube vaporosa,  
Envolvía su nítido cabello,  
Y enajenado el corazón golpeaba  
En tumultuoso palpitar mi pecho.  
¡Cómo soñaba de ventura loco,  
Pues era aquella realidad un sueño!  
Soñaba que de amor embebecida  
En mí clavaba su mirar sereno,  
El sol de su pupila iluminando  
De nuestra dicha el anchuroso cielo.  
¡Qué horrible despertar! Ah! Don Gonzalo,  
Tú no le viste, no, mi buen Jimeno,  
Cuando con firme mano el hierro agudo,  
Templado en ira amenazó su pecho....  
Ella estaba á sus pies.... un solo instante  
Que vacilara yo, sólo un momento,  
Y bañado en su sangre generosa,  
Rodara su cadáver por el suelo.....  
Ella todo lo vió.... la justa saña  
Temió del padre, y de pavor inmenso

Transida... loca... contempló callada  
Reverberar la antorcha de himeneo.

JIMENO.

Y bien.....

IÑIGO.

Ya es mía, y en eterno lazo  
A mí la unió la bendición del cielo;  
Mas hondo entre los dos hay un sepulcro  
Que es preciso cerrar, y aún está abierto.

ESCENA IV.

DICHOS, DON GONZALO y MENCIA,  
cuando lo indique el diálogo.

GONZALO.

Aquí está, ¡vive Dios!... Jimeno, vete,  
Solos aquí nos deja.

JIMENO.

Os obedezco.

GONZALO.

Juguete de la fortuna,  
Huérfano y desamparado,  
Ví junto á un sepulcro helado  
Columpiarse vuestra cuna.  
Todo para vos yacía  
En aquel recinto estrecho,  
Y amparo bajo este techo  
Hallásteis, Iñigo, un día.  
Pregúntele el hombre al niño,  
Pregúntele al hombre el hombre,  
Si al amparo de mi nombre  
Y al calor de mi cariño

*(Sale Mencia y oye.)*

Echó de ménos, con ser  
Víctima de horrible suerte,  
A los que airada la muerte  
Le arrebatara al nacer.  
Pregúntele á su conciencia  
El que, si humilde ha nacido,  
Entre nobles ha podido  
Enaltecer su existencia,  
Si no es de gentes livianas  
Y de envilecida gente,  
Llenar de lodo una frente  
Que se corona de canas.

IÑIGO.

Señor.....

GONZALO.

¿Y eres tú el mancebo

Que iba, surcando las olas,  
A las costas españolas  
A honrar el nombre que llevo?  
¿Eres tú, quien en la guerra  
Iba á fulminar la espada  
Con sangre noble empapada  
De los héroes de esta tierra?  
*(Iñigo se quita del cinto su espada.)*  
Bien, por Dios... deja el acero:  
Justo es que en mi casa quede;  
No la esgrima quien no puede  
Honrarla por caballero.  
Hay una hermosa doncella,  
Hay una gentil criatura,

Como los ángeles, pura,  
Como los ángeles, bella.  
Pasó volando al acaso  
Junto á vos, y.... ¡vive Dios!  
¡Ojalá que nunca á vos  
Os encontrara en su paso!....  
Yo que os creí mi delicia.....  
¡Cómo al fin todo se pierde!  
¡Lebrel astuto que muerde  
La mano que le acaricia!

IÑIGO.

¡Por ella!

(*Aparte.*)

MENCIA.

(*Aparte.*)

Es mucho sufrir!

IÑIGO.

(*Aparte.*)

¡Tanto ultraje!.... ¡Tal baldon!  
Y ¿eres tú mi corazón  
Este que siento latir?

GONZALO.

Inmóvil, tras tanta mengua,  
Ni á alzar la vista se atreve:  
Después de la infamia debe  
Petrificarse la lengua.....  
¡Y no responde!.... y así  
Soporta su liviandad!

(*Se le acerca Mencía.*)

¡Ah!..... ¡Mencia!

MENCIA.

(*A Gonzalo.*)

¡Por piedad!

(*A Iñigo.*)

¡Idos, por piedad, de aquí!

ESCENA V.

DICHOS y BENAVIDES.

BENAVIDES.

Que Dios os guarde.

GONZALO.

Con Dios

Siempre los buenos están,  
Pues bueno sois, capitán,  
Capitán, que os guarde á vos.

BENAVIDES.

Tal vez importuno llego  
En mala hora aquí.

GONZALO.

Callad.....

¡Importuno? No, en verdad;  
En mala hora, no lo niego;  
Que son perpetuas las lides  
Del pecho de los mortales,  
Y hay horas que son fatales,  
Y esta es una, Benavides.....  
Mas si un asunto traéis  
Que á vos ó á mí me interese,  
Decidme qué asunto es ese  
Que al decirlo me honraris.

BENAVIDES.

Ha muchos años, señor,  
Que mi padre á Roma fué.....  
¿Por qué motivo? no sé;  
Tal vez asuntos de honor.  
Tal vez.... mas importa poco,  
Y de aclararlo no trato,  
Aunque importa á mi relato  
La digresion, y si invoco  
Vuestra indulgencia.....

GONZALO.

Seguid,

Y tomadlo donde os cuadre.

BENAVIDES.

Se trataba al Santo Padre  
De asesinar.... En Madrid  
Nació el pensamiento impío....  
Que allí creció lentamente  
Como crece la serpiente  
Oculto en bosque sombrío.  
Al fin, de horrible puñal  
Armada traidora mano,  
Traspasó del Vaticano  
Una noche el regio umbral.  
Tras ella mi padre fué,  
Y al vibrar el golpe rudo,  
Rápido y valiente pudo  
Salvar al Papa.... No sé  
Quién fué el traidor, su maldad  
Juzgue el cielo.... mas cobarde,  
Al padre mío, una tarde  
Hirió de muerte.

GONZALO.

Es verdad.

BENAVIDES.

Entónces, señor, vivía,  
Por no oponerme al intento  
Paternal, en un convento  
De la hermosa Andalucía.  
Lenta en él pasaba aislada,  
La existencia para mí,  
Hasta que al fin recibí,  
Señor, una órden sagrada;  
Una órden que, á mi pesar,  
Sin término ya, sin plazo,  
Me ataba con férreo lazo  
A las gradas del altar.  
Mucho sufrí, negra suerte!  
Mas cuando allí supe yo  
Que á mi padre arrebató  
Entre sus garras la muerte,  
Romper de un golpe juré  
La cadena del tormento,  
Y cumplí mi juramento.  
Una noche abandoné,  
Presa de dolor profundo,  
Y de su sombra al misterio,  
El sombrío monasterio  
Que me apartaba del mundo.  
A la guerra entónces fui  
Que á su estruendo me acomodo  
Y aventurándolo todo,  
Al Santo Padre escribí.....

La muerte le recordé  
De mi padre desdichado,  
Y hacía el huérfano obligado,  
Bueno y generoso fué.  
Libre soy. En mi presente  
No pesa ya el anatema,  
Que una absolucion suprema  
Arranca al fin de mi frente.  
Hoy la he recibido, hoy . . . . .  
Hace un momento no más,  
Y feliz, como jamás,  
Libre como el ave soy.  
Mirad . . . . . miradla si os place,  
Don Gonzalo, en este escrito.

*(Dirigiéndose á Mencía.)*

¡Bendito el cielo, bendito,  
Que mi ansiedad satisface!  
Y pues nada hay ya que exija  
El misterio de mi amor,

*(Dirigiéndose á Don Gonzalo.)*

Vengo á pedirlos, señor,  
La mano de vuestra hija.

GONZALO.

¿De Mencía? . . . . . ¡Estoy soñando!  
¡Si un imposible anhelaís!

BENAVIDES.

Ved, Don Gonzalo que estais  
Mi corazon destrozando;  
Pensad que es noble mi cuna,  
Que con la vuestra la igualo,  
Y es inmenso, Don Gonzalo,

El caudal de mi fortuna;  
Pensad que la adoro ciego.

IÑIGO.

¡Colmada está la medida!

*(Aparte.)*

BENAVIDES.

¡Que vais á amargar su vida  
Si no accedeis á mi ruego!  
¿Por qué callais? ¿Por qué así  
Respondeis á mi querella?  
—¿Qué es lo que pasa por ella?

—Iñigo, implorad por mí . . . . .

¿No me respondeis? Infierno  
Que os estais de mí burlando . . . .

¡Y es verdad! . . . ¡Qué estoy mirando!

El joyel de mi sombrero!

*(Dirigiéndose bajo, á Iñigo.)*

¿Y fuisteis vos . . . fuisteis vos?

IÑIGO.

*(Bajo, á Don Juan.)*

Pienso en mi rencor profundo  
Que está de más en el mundo,  
Don Juan, uno de los dos.

BENAVIDES.

Señor . . . . .

GONZALO

Comprendo el afan

De vuestra ansiedad tirana;  
Respuesta os daré mañana,  
Si la quereis, capitán.  
No penseis que os pueda hacer

Benavides, un agravio,  
Mas quiero oír de su labio  
(*Refiriéndose á Mencía.*)

Lo que os he de responder.

BENAVIDES.

Así, señor, os quería.

GONZALO.

Idos, pues. . . . .

BENAVIDES.

(*A Inigo.*)

Mañana. . . . .

IÑIGO.

Si!

BENAVIDES.

¿Aquí he de veros?

IÑIGO.

Aquí.

BENAVIDES.

¡Que el cielo os guarde, Mencía!

(*Váse Benavides.*)

ESCENA VI.

DON GONZALO, MENCIA e IÑIGO.

GONZALO.

¡Horrible situación! Tu mano pide  
Quien honrarla pudiera. . . . ¡Desdichada!  
¡Harás que de mi nombre al fin me olvide!

IÑIGO.

Vos, señor, me sacásteis de la nada:  
También es cierto que en lejano día  
De la nada salió vuestra hidalguía.  
Si ahora nada valgo,

Pudiera alguna vez llegar á hidalgo;  
Pensadlo con más calma.  
Señor, perdón, vuestra memoria invoco.  
Dijísteis hace poco  
Que es la nobleza galardón del alma.  
Yo la siento en la mía. . . . .  
Siento mi sangre hirviente  
Subirse en olas y quemar mi frente  
Cuando escucho, señor, de vuestro labio  
Para mí tanto agravio,  
Que á no ser vos quien me los dice, hiciera  
Por mataros, señor, cuanto pudiera.

GONZALO.

Callad.

IÑIGO.

¡Por vida mía!

Preguntad á Mencía  
Si hay nobleza, señor, en este pecho.  
Decidme, ¿qué os he hecho?  
¡Amar. . . . . y entre el delirio  
De insensata pasión. . . . . entre el martirio  
De una vaga esperanza halagadora,  
Suspirar sin consuelo, hora tras hora;  
Soñar en la quimérica ventura  
Del porvenir incierto! . . . . .  
¡Devorar en silencio mi amargura;  
Y de mi triste vida en el desierto,  
Mirarla sólo á ella,  
Cual reluciente estrella,  
Entre la sombra de la noche oscura!  
¡Es ese mi delito!

¡Me dejárais, señor, al borde helado  
De mi plebeya cuna!  
¡No viniera á insultar vuestra fortuna,  
No viniera á ultrajar vuestro pasado!  
Alas me disteis . . . y volé sin miedo,  
Y cuando al fin domino el horizonte  
Desde la cumbre del altivo monte,  
Su flaqueza mostrais á mi denuedo.  
Decís que es vana mi arrogancia fiera,  
Falso mi arreo, sin valer mis galas,  
Y al águila altanera,  
Cortais de un golpe las robustas alas!

GONZALO.

Iñigo . . . . basta.

IÑIGO.

Partiré á la guerra,  
Y arrancaré á la suerte  
*[Señalando el escudo.]*  
El soberbio blason que hoy me avasalla.

GONZALO.

Iñigo . . . . . bueno.

IÑIGO.

O hallaré la muerte  
En el revuelto campo de batalla.

GONZALO.

*[Dando á Iñigo otra vez la espada.]*  
Toma . . . . . Está bien.

IÑIGO.

*[Tomando la espada]* Señor . . . .

GONZALO.

Si la honra mía

Ultrajaste insensato,  
Si loco de furor en mi arrebató  
Iñigo, te injurié . . . . perdon te pido:  
Ante Dios, tuya es mi idolatría,  
Mi hija desdichada,  
Pero ante el mundo, no. Tú lo has querido:  
Oculto entre las sombras de la noche  
Penetrabas aquí . . . . también oculta  
Satisfacción me das de tus agravios.  
Cuando vuelvas un día  
Hidalgo y noble, tu sagrado enlace  
Pregonarán mis labios.  
Aquí entre tanto aguardará Mencía.

*(Tocan las ánimas.)*

*(Sale Jimeno y alguaciles.)*

Orad todos, orad, que el cielo pío  
Aquí te torne en breve.  
Iñigo, de rodillas . . . . ¡hijo mío!  
Mi bendición es ésta . . . . ¡Dios te lleve!  
— Vamos, Jimeno, que el deber me llama.

JIMENO.

¡Oh, cuánto, cuánto le ama! . . . . .

*(Alumbrando.)*

ESCENA VII.

MENCIA e IÑIGO.

IÑIGO.

En honda melancolía  
Y amargo y perpetuo lloro,  
Sé que pasásteis el día:  
Juzgad de la angustia mía,



Pues sabéis lo que os adoro.  
No juzguéis que indiferente  
Torne, al romper inclemente  
De vuestro amor las cadenas,  
Espinas las azucenas  
Que soñais en vuestra frente.  
No, Mencía, por favor,  
Dadle treguas al quebranto.....  
Comprende vuestro dolor  
Y comprende vuestro llanto  
Quien ha llorado su amor.  
No hay en mis palabras dolo,  
Mis esperanzas inmolo  
A vuestra ventura ¡todas!  
No digais que en vuestras bodas  
Hallásteis lágrimas sólo.  
Decid al mundo algun día,  
Despues de muchos, despues  
Que yo haya muerto, Mencía,  
Que vísteis en hora impía  
Mi albedrío á vuestros piés.  
Decid que en vuestra presencia  
Dictó su mortal sentencia  
Un sér que desde muy niño  
Os consagró su cariño,  
Os consagró su existencia.....  
Decid que holló su derecho,  
Que ahogó su intensa pasion,  
Y que él mismo en su despecho,  
Con su mano, el corazon,  
Pedazos hizo en su pecho.

¡Adios, Mencía!

MENCÍA

¡Callad!

Nobleza tanta ¡infelice!

Cautiva mi voluntad.

Esperad.....

IÑIGO.

¡Cielos! ¿Qué dice?

¿Que espere? ¡Oh Dios!

MENCÍA.

Esperad.

Salvais mi honor y á sufrir

Os vais.

IÑIGO.

Mencía, á morir.

MENCÍA.

¡Morir!

IÑIGO.

¡Morir en la guerra!

¿Qué puedo hacer en la tierra

Que no sea combatir?

MENCÍA.

Iñigo, esperaos..... no.....

Juradme que luchareis

Como á mi padre juró

Vuestro labio, y volvereis

Aquí, que os aguardo yo.

IÑIGO.

A un hombre amábais.....

MENCÍA.

Sí tal.

No habéis de amor ¡oh amargura!  
Lo quiso el hado fatal;  
La vuestra y mi desventura  
Lo quisieron por mi mal.....  
Si un día os miro volver.....

IÑIGO.

Daréis pábulo á ese amor,  
Y en inicuo proceder.....

MENCÍA.

(*Irguiéndose altiva.*)

¡Oh, callaos!..... Desde ayer  
Soy vuestra esposa, señor!  
Si acaso estrella siniestra  
En el porvenir nos muestra  
A vos y á mí negra tumba,  
Hasta que al dolor sucumba  
Sabré guardar la honra vuestra

IÑIGO.

Sólo eso exijo de vos.....  
¡Piadosa os mire la suerte  
Que hoy nos separa á los dos!  
¡Que á mí me ampare la muerte!

MENCÍA.

¡Adios! (*Aparte*) ¡Desdichado!

IÑIGO.

¡Adios!

ESCENA VIII

MENCÍA, sola.

MENCÍA.

Adios, noble corazón!  
¡Perdon, mil veces perdon!

Si lates por mí sufriendo;  
Mas no he de vivir mintiendo  
Para halagar tu ilusión!  
Si agradecida me ves,  
No es mi gratitud, no es,  
Iñigo, lo que me pides.  
Yo he de morir, y despues  
Hará el cielo que me olvides.  
Tal vez en tierra lejana  
Otro amor calme tu pena  
Como la mía, tirana,  
Y alegre y feliz mañana  
Goces la vida serena.  
Tal vez encuentres allí  
Tras el hondo frenesí  
Que te aparta de mi lado,  
Un semblante enamorado  
Que te haga olvidar de mí.  
Tal vez..... mas yo..... desdichada!  
He de bajar sin amor  
Al sepulcro, abandonada;  
No llegue allí tu mirada  
A herirme con su dolor.  
Sola..... (*Aparece Gertrúdis.*)

ESCENA IX.

Dicha y GERTRUDIS.

MENCÍA.

Ven, Gertrúdis, ven,  
Y con tus consuelos calma  
Esta angustia que en el alma